

Es fácil demostrar la exactitud de nuestro análisis: bastará una sola reflexión.

La vida de la mujer se divide en tres épocas bien distintas: la primera empieza en la cuna y termina en la nubilidad; la segunda abraza el tiempo en que la mujer pertenece al matrimonio; la tercera comienza en la edad crítica en que la naturaleza hace á las pasiones la intimación brutal de que les toca cesar en el ejercicio de sus funciones. Siendo las tres fases de la vida próximamente iguales en duración, deben dividirse en partes iguales una suma dada de mujeres. Así, en una masa de seis millones, se encuentra, salvo las fracciones que pueden determinar los sabios, sobre dos millones de chicas de uno á diez y ocho años, dos millones de mujeres de diez y ocho á cuarenta años, y dos millones de viejas. Los caprichos del Estado social han distribuido los dos millones de mujeres aptas para casarse en tres grandes categorías de existencia, á saber: las que se quedan solteras por las razones que hemos deducido, aquellas cuya virtud les importa poco á los maridos, y el millón de esposas legítimas de que hemos de ocuparnos.

Se ve por este escrutinio de la población femenina, que apenas si existe en Francia un millón de ovejas blancas, rebaño privilegiado que quieren perseguir todos los lobos.

Hagamos pasar por otro tamiz á este millón de mujeres ya escogidas.

Para llegar á una apreciación más verdadera del grado de confianza que un hombre debe tener en su mujer, suponemos que todas las casadas han de engañar á sus maridos.

En tal hipótesis, convendrá descontar una vigésima parte de las muchachas que, casadas la víspera, permanecen una temporada fieles á sus juramentos.

Otra vigésima parte de ellas estará mal de salud. Es conceder bien poco á las dolencias humanas.

Ciertas pasiones que, según se dice, destruyen el imperio del hombre sobre el corazón de la mujer, como la fealdad, el mal genio, la grosería, el egoísmo, reclaman otra vigésima parte.

El adulterio no se infiltra nunca en el corazón de una mujer casada con la rapidez del rayo. Aunque la simpatía produzca á primera vista cierta inclinación, hay siempre lucha, una lucha cuya duración rebaja algo la suma de las infidelidades conyugales. Sería casi un insulto al pudor de

Francia el no representar el tiempo de la lucha, en un país tan guerrero, por una vigésima parte del total de las mujeres; mas también supondremos que ciertas mujeres enfermas incluyen á sus amantes entre el número de los ungüentos y pociones, y que hay mujeres cuyos preñados hacen maliciosamente sonreír á algún solterón cazarro. Así dejamos á salvo el pudor de las que combaten por la virtud.

Por la misma razón, no nos atreveremos á creer que una mujer abandonada por su amante consiga otro *hic et nunc*; pero este descuento, siendo necesariamente menor que el precedente, lo estimaremos en una cuadragésima parte.

Tantas rebajas reducirán nuestra masa á ochocientas mil mujeres, cuando se trate de determinar el número de las que ofenden á la fe conyugal.

En ese momento, ¿quién no querrá permanecer persuadido de que todas ellas son virtuosas? ¿No son la flor del país? ¿No son todas jóvencitas, hechiceras, rebosantes de belleza, de juventud, de vida y de amor? Creer en su virtud es una especie de religión social, ya que son el ornamento del mundo, y constituyen la mayor gloria de Francia.

Por consiguiente, en ese millón de hembras hemos de buscar:

El número de las mujeres decentes;

El número de las mujeres virtuosas.

Tal investigación y estas dos categorías exigen Meditaciones enteras, que servirán de apéndice á ésta.

Magnified

MEDITACION III

DE LA MUJER DECENTE

La anterior Meditación ha demostrado que tenemos en Francia una masa flotante de un millón de mujeres que explotan el privilegio de inspirar esas pasiones que un caballero confiesa sin rubor ú oculta con placer. Es por lo tanto sobre ese millón de hembras donde hemos de pasear nuestra linterna diogénica, si hemos de encontrar las mujeres honradas del país.

Esta empresa nos lleva á hacer varias digresiones.

Dos jóvenes bien vestidos y muy bien calzados se encuentran una mañana en pleno boulevard, á la salida del pasaje de los Panoramas.

—¡Hola, eres tú!

—Sí, chico, no lo parezco, ¿verdad?

Y ambos se ríen más ó menos espiritualmente, según la índole del chiste inicial de la conversación.

Después de examinarse con la curiosidad maliciosa de un gendarme que trata de reconocer las señas de un delincuente; convencidos ya de la frescura respectiva de sus guantes, de sus chalecos y de la gracia con que se ha hecho el lazo de la corbata; casi seguros de que ninguno de ellos está pobre, se dan el brazo; y aunque esto suceda á la puerta del teatro de Variedades, no llegarán á la altura de Frascati sin dirigirse una pregunta algo cruda, cuya traducción libre es la siguiente:

—¿Con quién estás liado ahora?

Regla general, siempre es una mujer encantadora.

¿Qué paseante hay en París en cuyos oídos no hayan silbado, como las balas en un día de batalla, cientos de frases y miles de palabras dichas por los transeuntes, y quién no ha oído algunas de las innumerables, heladas en el aire, de que habla Rabelais? Pero los más de los hombres se pasean por París como comen, como viven, es decir, sin pensar en ello. Hay pocos músicos hábiles, pocos fisonomistas ejercitados, que descifren la clave de esas notas ó que descubran la pasión de que proceden. ¡Oh! ¡vagar errante por las calles de París! ¡qué adorable y deliciosa existencia! Callejear es una ciencia, es la gastronomía de los ojos. Pasear es vegetar; callejear es vivir. La muchacha bonita, largo tiempo contemplada con ardientes ojos, sería más razonable pretendiendo un salario, que el fondista que pedía un franco al Limosín cuya nariz, hinchada á todo trapo, aspiraba los culinarios perfumes. Callejear es gozar; es recoger rasgos de ingenio, es admirar sublimes cuadros de dolor, de amor y de alegría, es ver retratos graciosos ó grotescos, es sumergir la mirada en el fondo de mil y mil existencias: para el joven es deseárselo y poseerlo todo; para el viejo es vivir la vida de los jóvenes y participar de sus pasiones. ¡Cuántas respuestas ha oído dar el callejero observador á la categórica interrogación en que nos hemos detenido!

—Tiene treinta y cinco años, pero no le echarías veinte—

dice un mozuelo de ojos vivos que, recién salido del colegio, querría, como Cherubín, gozarlo todo.

—¡No faltaba más! es una mujer que usa camisas de batista y anillos de diamantes—dice un pasante de notario.

—Tiene coche y palco—dice un militar.

—¡A mil!—dice otro de más edad que parece responder á alguna observación; lo hago porque no cuesta nada... Y al mismo tiempo da una palmadita en el vientre de su interlocutor.

—Me quiere, sí—dice otro;—pero no puedes figurarte lo bestia que es su marido. Buffón ha descrito admirablemente á los animales, pero al bípedo llamado marido... (Qué agradable es oír esto cuando uno es casado.)

—¡Oh! amigo mío, ¡como un ángel!...—esta es la respuesta á una pregunta hecha discretamente al oído.

—¿Puedes decirme su nombre ó enseñármela?

—¡Imposible! ¡es una mujer decente!

Cuando un estudiante es amado por una camarera, la nombra con orgullo y aun lleva á los amigos á almorzar á su café. Si un joven quiere á una mujer cuyo marido comercia en artículos de primera necesidad, contestará ruborizándose:

—Es planchadora, es esposa de un papelerero, de un mercader de paños, de un dependiente.

Pero la confesión de un amor tan subalterno que nació y creció en medio de los fardos, de los pilones de azúcar ó de los chalecos de franela, va casi siempre acompañada de un pomposo elogio de la fortuna de la dama. El marido es comerciante, es rico, tiene hermosos muebles; por lo demás, ella va á la casa del querido, tiene casa de campo, etc.

En fin, un joven enamorado siempre tiene razones para demostrar que su querida será pronto una mujer honrada, si ya no lo es. Semejante distinción, producida por la elegancia de nuestras costumbres, es tan indefinible como la línea en que comienza el buen tono. ¿Qué se entiende, pues, por *mujer decente*?

Esta materia se roza demasiado con la vanidad de las mujeres, y aun con la de los maridos, para que no establezcamos aquí las reglas generales resultantes de larga observación.

El consabido millón de cabezas privilegiadas representa una masa de elegibles al título glorioso de *mujer decente*,

pero no son todas elegidas. Los principios de la elección están en los axiomas siguientes:

AFORISMOS

I

La mujer *decente* (1) es por necesidad casada.

II

La mujer *decente* tiene menos de cuarenta años.

III

Una mujer casada cuyos favores son pagaderos, no es mujer *decente*.

IV

Toda mujer casada que tiene coche, es mujer *decente*.

V

Una mujer, casada ó no, que entra en la cocina, no es mujer *decente*.

VI

Cuando un hombre ha ganado veinte mil libras de renta, su mujer es una mujer *decente*, sea cual fuere el género de comercio á que él ha debido su fortuna.

VII

La mujer que dice *ónibus* por *ómnibus*, *ferrocarriles* por *ferrocarriles*, ó que llama *tipa*, y no *tipo*, é otra mujer cualquiera, esa no es *decente* aunque sea rica.

VIII

Una mujer *decente* debe tener una existencia pecuniaria tal, que su amante no tema que le sea gravosa en ningún caso.

(1) Para interpretar estos aforismos téngase muy en cuenta el sentido que el autor da á la palabra *decente* en el supuesto diálogo entre los dos jóvenes.—(N. del T.)

IX

La mujer que vive en piso tercero (exceptuando las calles de Rivoli y Castiglione), esa no es mujer *decente*.

X

La esposa de un banquero es siempre mujer *decente*; pero si ella misma trabaja en el escritorio no puede ser *decente*, á no ser que el negocio tenga inmensa extensión y que no vivan en el entresuelo de la tienda.

XI

La sobrina soltera de un obispo, cuando vive con él, puede pasar por *decente*, pues, á pesar de ser soltera, si tiene alguna intriga está obligada á ocultársela á su tío.

XII

Es mujer *decente* aquella á quien se teme comprometer.

XIII

La mujer de un artista siempre es mujer *decente*.

Aplicando estos principios, el último palurdo puede resolver todas las dificultades que en esta materia se presentan.

Para que una mujer no guise por sí misma, haya recibido esmerada educación, tenga el sentimiento de la coquetería, posea el derecho de pasarse horas enteras sin hacer nada, esto es, viviendo la vida del espíritu, recostada en un diván, necesita á lo menos una renta de seis mil francos en provincias ó de veinte mil en París. Estos dos términos de fortuna van á indicarnos el número presumido de las mujeres *decentes* que existen en el millón, producto bruto de nuestra estadística.

Trescientos mil rentistas á mil quinientos francos, representan la suma total de pensiones, intereses vitalicios y perpetuos, pagados por el Tesoro, y la de las rentas hipotecarias.

Trescientos mil propietarios, con tres mil quinientos francos de renta, representan la totalidad de la fortuna territorial.

Doscientas mil partes, á razón de mil quinientos francos, representan lo que corresponde á los presupuestos del Estado, de los departamentos ó de los municipios; restando lo que corresponde á la deuda, al clero, á los héroes de oficio con veinticinco céntimos diarios, etc.

Doscientas mil fortunas comerciales, á razón de veinte mil francos de capital, representan todos los establecimientos industriales posibles de Francia.

He ahí un millón de maridos.

Pero ¿cuántos rentistas contaremos de diez, cincuenta, cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos, quinientos y seiscientos francos nada más de renta, inscritos en el Gran Libro ó en otra parte?

¿Cuántos propietarios hay que no pagan más que cinco, veinte, ciento, doscientos y doscientos ochenta francos de contribución?

¿Cuántos supondremos, entre los presupuestivos, que no pasen de pobres cagatintas con seiscientos francos de sueldo?

¿Cuántos admitiremos, entre los comerciantes, que sólo dispongan de capitales ficticios, que no tengan un cuarto, pareciendo cribas por donde pasa el Pactolo (1)? Y ¿cuántos negociantes con un capital efectivo de dos mil, cuatro mil, cinco mil francos?... ¡Salve, Industrial!

Hagamos felices á más de los que lo son en realidad, dividiendo el millón en dos partes: quinientas mil familias tendrán de cien francos á tres mil de renta, y quinientos mil francos llenarán las condiciones requeridas para ser *decentes*.

Según las observaciones que terminan nuestra Meditación de Estadística, estamos autorizados para quitar de este número cien mil unidades; por consecuencia, puede tomarse por proposición matemáticamente demostrada que no existen en Francia más que cuatrocientas mil mujeres cuya posesión pueda ofrecer á los hombres delicados los

(1) Río de Lidia que arrastraba pajuelas de oro. A él debió sus riquezas Creso. Según cuenta la fábula, dicho río poseía esa propiedad de arrastrar oro desde que se bañó en él el rey Midas, el cual tenía la virtud de convertir en oro cuanto tocaba. Úsase en literatura esta palabra Pactolo para designar aquello que es manantial inagotable de riquezas. Así se dice: *este negocio va á hacer correr por su casa el Pactolo.*—(N. del T.)

exquisitos y distinguidos goces que buscan en amor.

En efecto, aquí es ocasión de hacer observar á los adeptos para quienes escribimos, que el amor no se compone de algunas conversaciones tiernas, de algunas noches de voluptuosidad, de algunas caricias más ó menos inteligentes y de una chispa de amor propio bautizada con el nombre de celos. No es de nuestras cuatrocientas mil mujeres de las que puede decirse: «La más bella de las muchachas no da sino lo que tiene». No, todas ellas están pródigamente dotadas por los tesoros que deben á nuestras ardientes imaginaciones, saben vender caro lo que no tienen, y lo venden caro para que el precio compense la vulgaridad de lo que dan.

¿Es besando el guante de una griseta como sentiréis el mismo gusto que agotando las voluptuosidades de cinco minutos ofrecidas por todas las mujeres?

¿Es la conversación de una verdulera lo que os promete goces infinitos?

Entre vos y una mujer inferior en calidad, las delicias de amor propio son sólo para ella. No estáis en el secreto de la dicha que otorgáis.

Entre vos y una mujer que os supere en fortuna ó posición social, los placeres de la vanidad son inmensos y os tocan á partes iguales. El hombre nunca ha podido elevar á su querida hasta él; pero la mujer pone siempre á su amante á la misma altura que ella.—«Yo puedo hacer príncipes, y vos nunca haréis sino bastardos», es una respuesta en que siempre rebosa la verdad.

Si el amor es la primera de las pasiones, consiste en que las halaga á todas, á todas las lisonjea. Se ama en razón del mayor ó menor número de cuerdas que los dedos de nuestra bella amada pulsan en nuestro corazón.

Biren, hijo de un platero, al subir al lecho de la duquesa de Courlandia y ayudarla á firmar la promesa de ser proclamado soberano del país, como lo era de la joven y linda soberana, es el tipo de la felicidad que deben darles á sus queridos nuestras cuatrocientas mil mujeres.

Para tener el derecho de hacerse un escabel de todas las cabezas que brillan en un salón, es necesario ser amante de una de las mujeres eminentes. A todos, más ó menos, plácenos reinar.

Así es que á la parte más brillante de la nación se dirigen

todos los ataques de los hombres que, por la educación, el talento ó el ingenio, han adquirido el derecho de ser tenidos en algo; y sólo en esa clase de mujeres se encuentra aquella cuyo corazón ha de ser defendido á todo trance por *nuestro* marido.

Que las consideraciones á que da lugar nuestra aristocracia femenina se apliquen ó no á las demás clases sociales, ¿qué les importa? Lo que será cierto en esas mujeres tan buscadas por sus modales, su lenguaje ó sus pensamientos; en aquellas cuya educación privilegiada ha desarrollado la afición á las artes, la facultad de sentir, de comparar y de reflexionar; en las que tienen un sentimiento tan elevado de las conveniencias y de la política social que dirigen las costumbres de toda Francia, debe aplicarse á las mujeres de todas las naciones y de todas las especies. El hombre superior á quien este libro se dedica, posee de seguro cierta óptica de pensamiento que le permite seguir las degradaciones de la luz en cada clase de la sociedad y conocer el punto de civilización en el cual la observación es todavía verdadera.

¿No es, por consiguiente, de gran interés moral buscar ahora el número de mujeres virtuosas que puedan encontrarse entre esas adorables criaturas? ¿No hay aquí una interesantísima cuestión maritonal?

Magnifico.

MEDITACIÓN IV

DE LA MUJER VIRTUOSA

La cuestión no estriba tanto en saber cuántas mujeres virtuosas hay en Francia, como en saber si una mujer *decente* puede permanecer virtuosa.

Para aclarar mejor un punto tan importante, echemos una rápida ojeada sobre la clase masculina.

De nuestros quince millones de hombres, quitemos ante todo los nueve millones de bimanos con treinta y dos vértebras, no admitiendo al examen fisiológico más que seis millones de sujetos. Los Marceau, los Massena, los Rousseau, los Diderot y los Rollin germinan á menudo y de re-

rente en el seno de esta hez social en fermentación; pero aquí cometeremos deliberadas inexactitudes. Estos errores de cálculo serán palpables á la conclusión, corroborando los terribles resultados que va á descubrirnos el mecanismo de las pasiones públicas.

De los seis millones de hombres privilegiados, descontaremos tres millones de ancianos y de niños.

Se dirá que esta resta ha dado en las mujeres cuatro millones.

A primera vista, la diferencia puede parecer extraña; pero es fácil de justificar.

La edad en que se casan las mujeres es, por término medio, la de veinte años; á los cuarenta ya no pertenecen al amor.

Ahora bien, un mozo de diez y siete años puede causar famosas averías en los pergaminos de los contratos matrimoniales, particularmente en los más antiguos, según cuentan las crónicas escandalosas.

Y un hombre de cincuenta y dos años es más temible á esta edad que á otra cualquiera, porque se halla en posesión de una experiencia costosamente adquirida y de toda su fortuna. Las pasiones de esa edad, siendo las últimas, son las más vehementes; y el hombre al sentir las es implacable y desconsiderado, como el náufrago que, arrastrado por la corriente, se agarra con fuerza á una rama de sauce verde y flexible, tierno retoño del año.

XIV

Fisicamente, el hombre es más tiempo hombre que la mujer mujer.

Por lo que respecta al matrimonio, la diferencia de duración que existe entre la vida amorosa del hombre y la de la mujer resulta, pues, de quince años. Este término equivale á las tres cuartas partes del tiempo durante el cual las infidelidades de una mujer pueden ocasionar la desgracia de un marido. Sin embargo, el residuo de la sustracción hecha de la masa de hombres no ofrece más diferencia que la de una sexta parte, á lo sumo, comparándolo al que resulta de la sustracción hecha de la masa femenina.

Grande es la modestia de nuestros cálculos. En cuanto á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

30914

nuestras razones, son de una evidencia tan vulgar que únicamente las exponemos por exactitud y para evitar las críticas.

Queda por consiguiente probado á todo filósofo, por poco calculador que sea, que existe en Francia una masa flotante de tres millones de hombres desde diez y siete años á lo menos hasta cincuenta y dos á lo más, todos robustos, todos con buenos dientes, decididos todos á morder, y mordiendo, y no deseando otra cosa que marchar derechos y con paso firme por el camino del paraíso.

Las observaciones ya hechas nos autorizan á separar de esta masa un millón de maridos. Supongamos por un momento que, satisfechos y felices como nuestro marido modelo, todos se contentan con el amor conyugal.

Pero la masa de dos millones de solteros no tiene necesidad de un real de renta para hacer el amor;

Le basta á un hombre tener buena facha para descolgar el retrato de un marido;

Ni siquiera es necesario que sea barbilindo, ni siquiera bien formado;

Con tal que un hombre tenga ingenio, buena figura y dón de gentes, las mujeres no le preguntan de dónde viene, sino adónde quiere ir;

Los encantos de la juventud son el único bagaje del amor;

Un frac de Buissón, un par de guantes grises de casa de Boivín, unas botas elegantes que el industrial quizá no cobre, una corbata con el lazo muy bien hecho, le bastan á un hombre para convertirse en rey de un salón;

Los militares, en fin, aunque la afición á los entorchados haya menguado mucho, ¿no son por sí solos una temible legión de solteros?... Sin hablar de Eginardo (1), puesto que era secretario particular, ¿no han hablado los periódicos de una princesa de Alemania que ha legado su fortuna á un simple teniente de coraceros de la guardia imperial?

El notario de pueblo, que vive en un rincón de Gascuña, y no hace treinta escrituras cada año, manda su hijo á París para que sea abogado; el tendero quiere que su hijo sea notario; el curial destina el suyo á la magistratura; el magistrado quiere ser ministro para que sus hijos sean

(1) Cronista del siglo IX, secretario de Carlomagno, y encargado, después de muerto éste, de la educación de Lotario. Murió el año 844.—(N. del T.)

pares de Francia. En ninguna época del mundo se ha conocido tamaña sed de instrucción. Hoy no es el ingenio lo que abunda, sino el saber. Por todos los resquicios de nuestro estado social brotan flores brillantes, como la primavera las hace brotar de las paredes en ruinas; hasta de los subterráneos salen matas floridas, que prosperarán por poco que penetre en sus bóvedas el sol de la Instrucción. Desde el advenimiento de este inmenso desarrollo del pensamiento, de esta igual y fecunda dispersión de luz, ya casi no tenemos superioridades, pues cada hombre representa la masa de instrucción de su siglo. Estamos rodeados de enciclopedias vivientes, que andan, piensan, accionan y quieren eternizarse. De ahí las espantosas sacudidas de ambiciones ascendentes y de pasiones delirantes; necesitamos otros mundos; necesitamos colmenas dispuestas á recibir todos los enjambres; y necesitamos, sobre todo, muchas mujeres bonitas.

Agréguese que las enfermedades no disminuyen la masa total de las pasiones del hombre, pues, para vergüenza nuestra, las mujeres nunca nos quierén más que cuando padecemos y sufrimos.

Ante esta idea, todos los epigramas dirigidos contra el *sexo pequeño* (porque es muy antiguo decir el bello sexo), deberían cesar ó desarmarse de sus agudas puntas y cambiarse en madrigales... Todos los hombres debieran considerar que la única virtud de la mujer es amar, que todas las mujeres son prodigios de virtud, y cerrar con esto el libro y la Meditación.

¡Ah! ¿os acordáis del momento lúgubre y negro en que, solo y dolorido, acusando á los hombres y á vuestros amigos particularmente; débil, desalentado, pensando en la muerte, apoyada la cabeza en una almohada tibia, acostado sobre unas sábanas cuyo blanco tejido se imprimía sobre vuestra piel, paseábais vuestros ojos grandemente abiertos sobre el papel verde de la alcoba muda? ¿Os acordáis, pregunto, de haberla visto entreabriendo sin ruido vuestra puerta, mostrando su cabeza juvenil adornada con sus trenzas de oro y su sombrero claro, apareciéndose como una estrella en noche de tempestad, sonriente, medio tímida y medio gozosa, y precipitándose en vuestros brazos?

—¿Qué has hecho? ¿qué le has dicho á tu marido? preguntábais.

¡Un marido!... Henos aquí de lleno en nuestro asunto.

Moralmente, el hombre es más á menudo y por más tiempo hombre, que la mujer, mujer.

Sin embargo, debemos considerar que entre esos dos millones de solteros, hay muchos desgraciados en los cuales el sentimiento profundo de su miseria y el trabajo constante apagan el amor;

Que no todos han estado en el colegio, y que hay muchos artesanos, muchos lacayos (el duque de Gevres era muy feo y pequeño. Paseándose un día por el parque de Versailles, vió algunos criados de aventajada estatura, y dijo á sus amigos:—¡Mirad cómo hacemos á esos perillanes y cómo nos hacen ellos á nosotros!...), muchos contratistas de obras, muchos negociantes que sólo piensan en el dinero, muchos corredores de comercio;

Que hay hombres más animales y verdaderamente más feos de lo que nadie pudiera imaginarse;

Que los hay cuyo carácter es áspero como un erizo;

Que el clero es generalmente casto;

Que hay hombres colocados de manera que no pueden entrar nunca en la esfera brillante en que se mueven las mujeres decentes, sea por falta de un traje, sea por timidez, sea por carecer de quien los introduzca.

Pero dejemos á cada cual aumentar cuanto quiera el número de excepciones según su propia experiencia (pues el objeto de un libro es ante todo hacer pensar); y suprimamos de un golpe la mitad de la masa total, no admitiendo más que un millón de corazones dignos de ofrecer sus homenajes á las mujeres decentes, que es aproximadamente el número de nuestras superioridades en todo género. ¡Las mujeres no gustan más que de los hombres de ingenio!

Ahora, si hemos de oír á nuestros amables solteros, cada uno de ellos refiere una multitud de lances, que todos comprometen gravemente á las mujeres decentes. Hay discreción y modestia, y nos quedamos cortos no concediendo á cada soltero más que tres aventuras amorosas; pues si algunos cuentan por docenas, son tantos los que se han quedado, en dos ó tres pasiones, y hasta en una sola durante la vida, que repartimos como en estadística á tanto por cabeza.

Pues bien, multiplicando el número de solteros por el de aventuras, tenemos tres millones de lances afortunados; ¡y para hacerles frente no tenemos más que cuatrocientas mil mujeres decentes!

Si el Dios de bondad y de indulgencia que gobierna los mundos no hace una segunda lejía del género humano, es sin duda por el poco éxito que tuvo la primera...

¡Ved lo que es un pueblo! ¡he aquí una sociedad tamizada y he aquí el resultado que ofrece!

XVI

Las costumbres son la hipocresía de las naciones, y la hipocresía es más ó menos perfeccionada.

XVII

La virtud quizá no es otra cosa que la urbanidad del alma.

El amor físico es una necesidad como la de comer, con la sola diferencia de que el hombre come siempre; pero su apetito, en amor, no es ni tan sostenido ni tan regular como en cuestión de mesa.

Un pedazo de pan duro y un poco de agua bastan á satisfacer el hambre de cualquier hombre; pero la civilización ha creado la gastronomía.

El amor tiene su pedazo de pan, pero tiene también su arte de amar, eso que llamamos coquetería, frase deliciosa que sólo existe en Francia, cuna de esta ciencia.

¡Y bien! ¿no hay bastante para hacer temblar á todos los maridos, si piensan en que el hombre está de tal suerte poseído de la necesidad innata de cambiar de manjares, que hasta en tierras de salvajes han encontrado los viajeros bebidas espirituosas y estofados?

Pero el hambre no es tan violenta como el amor, y los caprichos del alma son más abundantes, más imperiosos que los de la gastronomía. Todo lo que historiadores y poetas nos han revelado del amor humano, arma á nuestros solteros de un poder terrible: son los leones del Evangelio buscando presas para devorarlas.

¡Que cada cual consulte su conciencia, evoque sus re-

cuerdos y se pregunte si ha habido jamás un hombre que se haya contentado con el amor de una sola mujer!

¿Cómo explicar, para honor de los pueblos, el problema resultante de tres millones de pasiones ardientes que no encuentran para saciarse más que cuatrocientas mil mujeres? ¿Hemos de distribuir los solteros á razón de cuatro por mujer, reconociendo que las mujeres decentes podrían muy bien haber establecido, por instinto y sin saberlo, una especie de turno entre ellas y los solteros, á semejanza del que han inventado los presidentes de audiencia para que todos los magistrados pasen alternativamente por todas las salas en cierto número de años?...

¡Triste manera de resolver esta dificultad!

¿Se quiere conjeturar que ciertas mujeres decentes se conduzcan, en el reparto de solteros, como el león de la fábula?...

Para honor de las damas francesas, ¿querrá suponerse que en tiempo de paz los demás países nos importan cierta cantidad de sus mujeres decentes, principalmente Inglaterra, Alemania y Rusia?... Pero en tal caso, las demás naciones pretenderán establecer un balance, objetando que Francia exporta regular cantidad de mujeres bonitas.

La moral, la religión padecen tanto con semejantes cálculos, que un hombre honrado, en su deseo de disculpar á las mujeres casadas, se complacerá en creer que las viudas nobles y las solteras entran por una mitad en la corrupción general, ó hablando más claro, que los solteros mienten.

Pero ¿qué cálculo es ese? Reflexiónese que los maridos se conducen casi todos como solteros, vanagloriándose, *in petto*, de sus secretas aventuras.

¡Oh! siendo así, creemos que todo hombre casado, si le interesa un poco su mujer por el lado del honor, como diría el viejo Corneille, puede buscar una cuerda y un clavo: *fœnum habet in cornu*.

Con todo, entre esas cuatrocientas mil mujeres decentes, hay que buscar, linterna en mano, las mujeres virtuosas que en Francia pueda haber... En efecto, según nuestra estadística conyugal, no hemos descartado más que criaturas que la sociedad no tiene en cuenta. ¿No es evidente que en Francia, *las gentes decentes, las personas comme il faut*, forman á penas un total de tres millones de individuos, á saber, nuestro millón de solteros, quinientas mil

mujeres distinguidas, quinientos mil maridos honestos, y un millón de viudas, de niñas y de muchachos?

¡Escandalizaos ahora con el célebre verso de Boileau! Ese verso demuestra que el poeta había profundizado hábilmente las reflexiones matemáticas desarrolladas en presencia vuestra en estas Meditaciones desconsoladoras, y que la idea que encierra es una hipérbole.

Sin embargo, ¿hay mujeres virtuosas?

Sí; las que nunca han tenido pretendientes y las que mueren del primer parto, suponiendo que se hayan casado vírgenes.

Sí; las que son feas como la Kaifakatadary de las *Mil y una noches*.

Sí; las que Mirabeau llamaba *hadas concombras*, compuestas de átomos semejantes á los de las raíces de fresal y del nenúfar; ¡pero no hay que fiarse!

Debemos confesar, en alabanza del siglo, que desde la restauración de la moral y de la religión, y para estar en los tiempos que estamos, se encuentran aún algunas mujeres tan devotas, religiosas, esclavas de sus deberes; tan metódicas, tan acompasadas, tan tiesas, tan virtuosas, tan... que ni el diablo mismo se atreve á miraras; van trechadas de rosarios, de cruces y de directores... pero, ¡chitón!

No intentaremos contar las mujeres que son virtuosas de puro bestias, pues es bien sabido que en amor no hay ninguna tonta.

Y, después de todo, no sería imposible que hubiese, escondidas en algún rincón, muchas jóvenes, lindas y virtuosas, de que el mundo no tuviera noticia.

Pero no deis el nombre de virtuosa á la mujer que, combatiendo una pasión involuntaria, nada concede á un amante á quien, á pesar de todo, idolatra. Esta es la más sangrienta injuria que puede inferirse á un marido enamorado. ¿Qué le queda de su mujer? Una cosa sin nombre, un cadáver animado. En el seno de los placeres, su mujer está como el convidado advertido por Borgia en medio del festín, de que ciertos manjares están envenenados: ya no tiene apetito, come poco ó finge comer. Siente la comida que ha dejado por la del terrible cardenal, y suspira anhelante porque llegue la hora de levantarse de la mesa.

¿Cuál es el resultado de estas reflexiones sobre la virtud